

Qué hacer más allá del coronavirus

Reflexiones de un maestro confinado

■ Por: Juan Vicente Ortiz Franco¹
misjuanes2000@yahoo.es

Edith Velandia²
evelandi63@gmail.com

Hoy, en medio de mi confinamiento en casa, me intercomunicaba con mi compañera de colegio. Como parte de la angustiante conversación sobre nuestras tareas para llenar formatos que reportarán, fundamentalmente, que no estamos en vacaciones -como nos lo reiteran permanentemente-, terminamos abordando nuestras vivencias.

Nos concentramos en la intimidad de nuestras mentes y nuestros hogares, en en los aprendizajes de esta situación que viven los del norte y los del sur, los del centro y los de la periferia; los que ganan su sustento del rebusque y los que tienen un trabajo estable; todos los seres humanos del mundo, sin importar raza, condición social, económica, política, o religiosa, todos diezmados en su capacidad para transformar el pánico que nos acecha. La incertidumbre, la angustia, la inseguridad -sin hilar tejido más fino-, y también la impotencia de la ciencia, para resolver y cambiar el panorama...

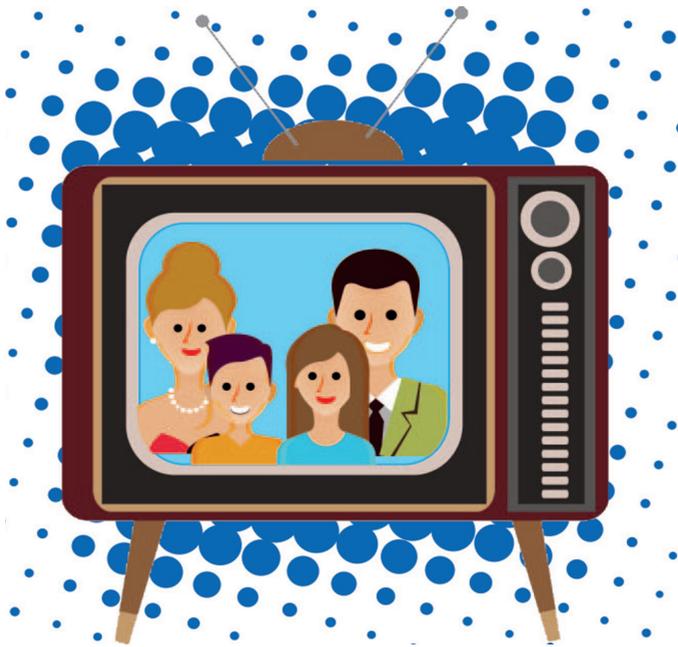
Expresábamos con pausa y silencio previo, una pregunta que tal vez aún sea prematuro resolver: ¿Dónde estás, ciencia cambiante que se renueva cada tres años (así lo expresan los visionarios académicos como Carlos Túnnerman, que hasta afirman vivimos una nueva Era Civilizatoria) en la llamada Sociedad del Conocimiento? Pero nuestra conversación se extendió, tal vez generada por la ausencia física y no poder hablar cara a cara, en torno a un café que nos permitía que llegáramos, incluso a salir de nuestro entorno de barrio y los sucesos de nuestra institución. Experiencia humana insustituible que ni con las mejores plataformas tecnológicas que se han puesto en estos últimos días para hacernos creer que allí solucionamos el problema de la educación para nuestros niños y niñas, ha permitido lo que José Gimeno Sacristán, un educador español expresaba en una conferencia: "la presencia, el cara a cara y el captar el olor del otro es parte de la naturaleza humana de la educación que la alcanzamos y necesitamos al estar al lado y con el otro".

"...faltan nuestros niños con sus morrales, sus gritos, sus miradas que encantan y emocionan..."

La primera reflexión en la que coincidimos, se concentró en observar cómo los seres humanos seguimos siendo arrogantes (actitud altanera o expresión de soberbia, de dominio, de poder) y esa actitud ha quedado demostrada desde mandatarios de las potencias que dominan el mundo del capital, quienes creen que los efectos del virus ya pasarán y dejarán de ser relevantes e incluso ponen fechas para dar por culminado sus efectos centrales. A nivel de nuestras actitudes personales somos arrogantes al asumir que soy intocable, que esa pandemia es problema de otros, no es mi problema, no me afectará; que a quien le dé, es su problema y de manera egoísta afirmamos: "que se salve quien pueda".

1 Investigador SENIOR, Colciencias 2019. Director grupo de investigación "La Razón Pedagógica" Categoría B, Doctor en Educación: Diagnóstico, Medida y Evaluación de la Intervención Educativa de la Universidad Anáhuac, México Norte. Membresía y representante por Colombia ante la Asociación Internacional de Docencia y Enseñanza, Magister en Medición y Evaluación Educativa. Universidad del Valle Guatemala C.A. Entrenamiento en Currículo Centro Mashav. Jerusalem, Israel y Gallaudet University Washington. U.S.A.

2 Psicóloga, licenciada en Educación, especialista en Edumática, Docencia Universitaria, Informática para la Gestión Educativa y Gerencia Educativa.



La segunda reflexión, como si estuviéramos de acuerdo en nuestro largo conversatorio, no fue por ninguna plataforma. Se concentró en las que llamamos 'enfermedades de la humanidad que salen a flote' y que coincidimos en llamar 'las deudas' con la naturaleza, sus mares, sus ríos, sus bosques, las aves cuyos cánticos ya escuchamos con coros diezmados por la contaminación, la invasión irracional y desmedida de los campos prestados por la tierra para hacer uso racional de los mismos. Ya no respetamos y hasta poco impacta en nuestra cotidianidad, el que la Macarena o la Sierra Nevada de Santa Marta o la otrora llamada selva amazónica quede envuelta en llamas.

Las noticias acerca de la contaminación de mares y ríos, del desgaste de los grandes bloques de hielo que ocurre a diario en nuestras círculos y regiones polares, parecen ser de otro mundo y no de nuestro planeta tierra. Por el contrario, la cotidianidad se alimenta y estamos al día, con el alza o baja del dólar, comportamiento de los precios del café y el petróleo; las últimas excentricidades de los mandatarios, del capítulo de la novela que generalmente versa sobre amantes, infidelidades, poder, grandes narcos y modelos falsos de vida plena y feliz.

La tercera reflexión se concentró en compartir cómo el estar en familia se le ha llamado confinamiento y no como la maravillosa oportunidad del pago parcial de una deuda con nuestros hijos, nuestras parejas, quienes han quedado día a día relegadas a unas horas ocultas en el silencio y oscuridad, cuando llegamos a nuestros hogares, donde muchas veces nos recibe ese rostro dormido de nuestros hijos, cansados por la espera para intercambiar una mirada, un gesto y un abrazo. Pareciera que la pandemia ha infestado con sus efectos las relaciones familiares y el virus las ha manifestado

con mayor agresividad. Se evidencia con profundo malestar, desespero por compartir unos días más nuestras rutinas cotidianas y preocupa que en lugar de ambientes de paz, armonía, el repensar la familia, su responsabilidad en la formación de valores, quede expuesta a mayor distanciamiento por la agresión y manifestaciones violentas hacia nuestros seres queridos.

¿Dónde ha quedado Dios en nuestras vidas, cualquiera que sea la noción que tengamos de él?, abordamos pausadamente, la cuarta reflexión y con acuerdo pleno coincidimos en manifestar que lo hemos marginado de nuestras vidas, planes y propuestas educativas de esa dimensión espiritual donde ser competente no importa, el cómo lograrlo o de qué medios valernos, es lo que copa nuestro interés, y por ello la noción de trascendencia, de ser pasajeros en tránsito, que abordamos la primera parada con el don de la vida, va acercándonos a la última estación donde ningún pasajero queda a bordo y debe dejar su equipaje sin posibilidad de elección.

Despedimos la conversación donde no fue imposible consensuar nuestros argumentos en torno al papel, equiparado en la tarea del maestro, del uso de las mediaciones tecnológicas; coincidimos en afirmar cómo nos estamos engañando, depositando en su uso la salvación del mundo y nos preguntamos cómo ellas deben generarnos reflexiones, pues ha quedado, también, al descubierto sus profundos vacíos en su efectividad, en su mal uso, creyendo que si las atiborramos de información y bajamos y bajamos páginas, recursos multimedia, ya estamos generando una opción salvadora de los males que aquejan a la educación. Concluimos, que faltan nuestros niños con sus morrales, sus gritos, sus miradas que encantan y emocionan, y que sus llantos y sonrisas nos hacen comprometernos con mayor fuerza por sus vidas agitadas e injustas, por sus difíciles condiciones y ausencias de amor desde sus núcleos familiares.

Cuán desprotegidos seguiremos si continuamos con esta noción de vida, de felicidad, de mundo, de presente y de futuro, de poder, de creernos reyes de de la tierra y que solo basta con un microscópico organismo para ponernos contra las cuerdas. Tal vez, reconocer nuestra fragilidad humana nos permitirá con mayor nobleza y sencillez afrontar las deudas que tenemos con la naturaleza, con nuestros recursos, con la vida. Con nuestros niños y niñas, con nuestra vida, con la educación y especialmente con nuestros semejantes. 

